

COMEDIA FAMOSA.

LOS AMANTES
DE TERUEL.

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUENTES.

<i>Don Diego de Marfilla.</i>	<i>Fabio, criado de Don Fernando.</i>	<i>Doña Elena.</i>
<i>Don Fernando.</i>	<i>D. Pedro, padre de Doña Isabel.</i>	<i>Luisa, criada.</i>
<i>Camacho, criado de D. Diego.</i>	<i>Doña Isabel.</i>	<i>Juana, criada.</i>

JORNADA PRIMERA.

Salen D. Diego, Da. Isabel, Elena, Camacho, y Luisa alborotados, y delante Juana con luces, que pondrá en un bufete.

Isab. **V**íote mi padre? *Dieg.* No sé.

Isab. **V**í te vió yo soy perdida.

Cam. En un tris está mi vida.

Isab. Elena, amiga, qué haré?

Elen. Nada, que no nos ha visto.

Isab. Sí; pero en duda, es mejor, que por ese corredor ::-

Cam. Aprisa, cuerpo de Christo.

Isab. Se pasen al aposento de Luisa. *Luis.* Pues voyle à abrir.

Dieg. O quien pudiera decir (mas es vano pensamiento) lo que me pesa de darte pesares por este modo!

Isab. Amor tengo para todo, no tiene de que pesarte.

Tú, prima, quedate aquí, hasta ver lo que sucede, y de lo que huviere, puede avisarme Juana à mi,

mientras yo voy con los dos.

Juana En todo te serviré.

Isab. Ponte à esa puerta. *Cam.* Si haré.

A Dios, Juana. *Dieg.* A Dios.

Vanse los dos con Isabel, y ponese à la puerta Juana, y Elena se queda sola.

Elen. Cosas suceden, que apenas puede el mismo pensamiento, ni discurrir en las causas, ni pensar en los efectos. Sola he quedado à tener (fueronse? sí, ya se fueron) cuenta, si viene mi tío, mientras mi prima, y Don Diego, que se adoran: esto basta para decir, que à ser vengo tercera de sus amores, quando yo ::- Pero no quiero decirlo, porque decirlo, y caerme muerta luego, puede ser que sean dos cosas; pero ninguna primero.

Aunque no: yo yerro el modo, sin duda, de mi remedio; pues si diciendo yo aora

A

lo

lo que sufro , y lo que peno,
muero , y con mi muerte cesan
de mi vida los tormentos:
mejor es decirlo todo
y descansar , pues es cierto,
que eso vendré à vivir mas,
si me muriese mas presto.
Vaya de penas , amor,
y vaya de sufrimiento,
para que tenga lugar
de hacer su oficio el veneno.
Mi prima , y D. Diego (ay triste!)
se quieren con tal extremo,
que su amor es en Teruél
oy la fabula del Pueblo.
Yo sin poder resistirme,
(de decirlo me averguenzo)
por natural sympatía,
por influencia del Cielo,
por musica de la sangre,
ò por otro algun mysterio
secreto , que yo no alcanzo,
pierdo por Don Diego el seso;
sin vér , sin considerar,
que Don Diego tiene dueño.
Ay de mí ! que à todas horas,
acá de parte de adentro
muero , y sin poder decir
siquiera del mal que muero:
porque siendo esta mi sangre,
y el estado de amor ciego,
qué puedo hacer , que no sea,
ò en daño de mi respeto,
ò en agravio de mi prima,
ò en ofensa de Don Diego,
ò en peligro de los tres,
ò en todos , que es lo mas cierto?
Amor , rindamos las armas
à la fortuna , y al tiempo,
que son los contrarios muchos,
y ya no puedo con ellos.
Goce Don Diego à mi prima,
viva mi prima en su pecho,
atelos una lazada,

arrullelos un requiebro,
y muera yo , si ellos viven,
que lo mas priva lo menos,
y ellos son aqui lo mas;
pero si yo soy primero
en mí , que nadie en el mundo,
cómo mi muerte consiento,
quando me falta que hacer
el mas eficaz remedio,
que ha podido concertar
un desatinado afecto?
Don Fernando de Gamboa,
(que es entre los Cavalleros,
sino mas galán que muchos,
mas rico que todos ellos)
quiere casar con mi prima,
y aunque ella no advierte en ello,
por ser tan fina , que hiciera
escrupulo de saberlo,
yo con el ansia de verla
divertida en otro empleo,
porque despues de casada
me quede libre Don Diego,
con falsas demostraciones,
con fingidos cumplimientos,
con favores inventados,
y con recados supuestos,
sin saber nada mi prima,
à Don Fernando entretengo,
y le doy de parte suya
esperanza por lo menos.
Bien conozco , bien conozco
la baxeza que cometo,
pero yo no puedo mas,
que en llegando á tanto exceso
el amor , ni oye razones,
ni se reduce à consejo.
Pero si lo lloro tanto,
pero si tanto lo siento,
cómo me detengo aora
en discursos ni argumentos?
quando allá dentro los dos: -
Juana. Juan. Sra. Elen. Al momento
cierra primero esa puerta:

per-

perdida soy. *Juana.* Ya la cierro.

Elen. Vé, llama esa gente apriesa; no has ido? *Juan.* Ya te obedezco. *vas.*

Elen. Salgan, salgan acá fuera, que aunque de verlos me ofendo, porque lo que veo es mucho, es mucho mas lo que pienso, que siempre quien zelos tiene, tiene mayor desconsuelo en temer lo que imagina, que en vér lo que está temiendo.

Salen, Juana, Camacho, D. Diego, Doña Isabel, y Luisa.

Luis. No temas. *Cam.* Cómo es posible? hecho una vasura vengo. *Die.* Elena.

Isab. Prima, qué ha havido?

Elen. Que lo que dixé fue cierto, no los ha visto mi padre, ni tiene tal pensamiento, y quando lo imaginára, y entrar quisiera acá dentro es mejor que te halle aqui, porque en echandote menos, ha de ser fuerza buscarte, y hallarte tambien con ellos: por eso mandé cerrar aquella puerta, y por eso dixé à Juana que os llamára, que como del riesgo vuestro me alcanza à mi tanta parte, como quien soy, os prometo, que despues que de aqui os fuisteis, con el susto, y el rezelo no he podido sosegar.

Isab. Y como que te lo creo, que quando á juntarse vienen la amistad, y el parentesco, hace el ingenio milagros.

Dieg. Yo por mi parte agradezco, Elena, tanta merced.

Isab. Y yo la mano te beso: no hay cosa como una amiga de confianza, y de secreto para cosas semejantes:

mas dexando cumplimientos, mirad que huelgan las sillas.

Elen. Bien ha dicho.

Isab. Aqui, Don Diego.

Dieg. Donde tu quisieres sea. *Sientase*

Isab. Quiero yo que estés en medio, porque goces de mi prima.

Elen. Todo puede ser viviendo. *ap.*

Luis. Ya no tienes que temer.

Cam. Sí tengo tal. *Luis.* Pues es yerro, que Don Pedro mi señor, pues que de su quarto ha buuelto, es cierto que está acostado.

Cam. Yo tengo azár con los Pedros, aunque estén en cueros vivos.

Luis. Pues por qué?

Cam. Porque me acuerdo del Rey Don Pedro el Cruel.

Luis. Eres una gallina. *Cam.* Niégo, que si lo fuera, á estas horas estuviera ya durmiendo.

Luis. Pues cómo, si no lo eres, te vienes con ese miedo?

Cam. Porque uo tengo otro en casa, y vengo con el que tengo.

Ay muger mas apretante!

Pero á nuestro amor bolviendo, quiereme mucho? *Luis.* Te adoro, y en viendote que te veo, el alma se me columpia.

Cam. No te creo. *Luis.* Luego miento?

Cam. No fuera mucho milagro; porque decia mi abuelo, que tres cosas se usan siempre, que son vestir terciopelo, comer olla, y mentir mucho la muger en qualquier tiempo.

Musica dentro.

Mas tén, que si no me engaño, suenan varios instrumentos de musica en las ventanas.

Elen. Si Fernando, por festejo de mi prima, está en la calle: de entrambos asi me vengo. *ap.*

A 2

Dieg.

Dieg. No hay duda, musica es.
Isab. A mi me miras, Don Diego?
 pues qué importa que lo sea,
 si sabes que eres mi dueño?
 Fuera de que es ofender
 los muchos merecimientos
 de Elena: - *Dieg.* No digas mas,
 que ya mi yerro confieso:
 mas oíd, que cantar quieren.
Isab. Pues qué importa? canten ellos,
 mientras hablamos nosotros.
Dieg. La musica es un remedo
 de la Gloria, y quien no gusta
 de ella, ofende su contento;
 y así, pues que para hablar
 hasta la mañana hay tiempo,
 escuchemos por tus ojos.
Isab. Pues tu gustas, escuchemos
 alabanzas de mi prima.
Elen. Presto lo dirán los versos. *ap.*
Canta dentro.
Music. Romped las dificultades,
 Belisa, que hay para veros,
 veré yo lo que me amais,
 y vos vereis lo que os quiero.
Dieg. Llamaste à Isabél, Elena?
Elen. Respondete tu à ti mesmo.
Isab. Yo soy Isabel. *Dieg.* Así?
Isab. Digolo, porque te entiendo.
Dieg. Como denantes dixiste,
 que era aqueste galanteo
 por Elena: - *Cam.* Agora digo,
 que eres un gran majadero;
 porque viviendo dos juntas,
 (verbi gracia) ya es muy viejo
 decir, que quantos visitan,
 aunque sean quatrocientos,
 todos vienen por la otra.
Isa. Pues infame: - *Dieg.* Quedo, quedo,
 que la verdad no es delito.
Elena. Eso si, sepan de zelos,
 y mueran, pues muero yo.
Isab. Nunca te he visto tan necio.
Dieg. Esta es necesidad? *Is.* Muy grande,

que las que hacen los discretos
 son pocas, pero lucidas:
 bien se vé, pues, que sabiendo
 lo que me debo à mi misma,
Lllaman à la ventana.
 y lo que: - pero qué es eso?
Cam. Qué? llamar à la ventana.
Dieg. Y dar en mi honor el eco.
Dent. Fern. Mi bien, señora, Isabél.
Isab. Apenas à hablar acierto.
Cam. Ya escampa, y llovian guijarros.
Die. Y ahora? *El Bien se ha dispuesto. ap.*
Dieg. Será necedad decir,
 que quien tiene atrevimiento
 de hablar así desde afuera,
 tiene licencia de adentro?
Isab. Luisa, Juana, Elena, hablad.
Dieg. Lindos testigos por cierto,
 una prima, y dos criadas.
Isab. Pues vive Dios, q̄ aunque en ello
 todo mi honor aventure,
 lo he de averiguar, y luego
 no me has de vér en tu vida.
Elen. Harás muy bien, que es desprecio
 tuyo sufrir tal desayre.
Isab. Tu verás, como me vengo:
 Luisa, retira esa luz,
 y vosotras (sin aliento
 estoy!) apartaos de aquí.
Die. Pues qué intentas? *Is.* Esto intento,
 para que sepas quien soy.
*Retiranse, y abre la ventana, y estará
 en ella Don Fernando.*
Elen. Mucho aqueste lance temo, *ap.*
 si mi engaño se averigua.
Dieg. Muerto escucho! *Isab.* Cavallero.
Fer. Es Isabél? *Isab.* Qué sé yo;
 estoy tal, que no lo creo:
 quien sois? *Fern.* No me conoceis?
Isab. Pues decid, ¿qué fundamento
 teneis para hacer conmigo
 este desalumbramiento?
Fern. Si os haceis desentendida
 porque refiera de nuevo

los lances que en esto ha havido:-

Isab. Qué lances? decidlos presto,

Fern. Pues digo, que vuestros ojos,

vuestro garbo, vuestro aseo,
y vuestro ingenio:- *Isab.* Adelante,

que lo que dices, es bueno
para hablarme desde cerca,
y quererme desde lexos:

mas para llamarme así, (ello.

qué causa os mueve? *Cam.* Aqui es

Fern. Qué causa? tantos favores,

y tantos recados vuestros
como tengo recibidos:

mas ruido de espadas sienta

de alguno, que á mis criados

se ha atrevido descompuesto,

y por eso, á Dios. *Isab.* Oídme

una palabra primero.

Fern. Dexadlo para mañana,

en aqueste mismo puesto,

donde os diré mas despacio

lo que os pago, y lo q os debo. *vaf.*

Isab. Cielos, qué es esto que he oído!

Elen. Famosamente se ha hecho. *ap.*

Dieg. Ya no hay que esperar aqui.

Cam. No señor, que es perder tiempo,

y lo mejor es dexarlo.

Isab. Juana, si yo no me muero;

Luisa, si yo me mato;

prima, si el juicio no pierdo,

no cumplo con mi dolor.

Elen. Parece cosa de sueño.

Luis. Ay tan gran bellaquería!

Dieg. Este es el mejor acuerdo:

sigueme, Camacho. *Cam.* Vamos.

Isab. ¿Pues adónde tan resuelto?

Dieg. A salir, porque ya es hora:

suelta ingrata, el ferreruero.

Isab. Tu tambien quieres ahogarme?

Dieg. Hora es, desahogarte quiero,

abre esa puerta. *Isab.* Si haré,

porque es muy justo el hacerlo,

mas será de esta manera;

Cierra, y guarda la llave.

ahora, ahora verémos

como sales. *Dieg.* Cómo salgo?

echando á coces:- *Elen.* D. Diego:-

Luis. Considera:- *Juan.* Mira:-

Cam. Advierte:-

Isab. Déxale, porque al estruendo

despierte toda la casa,

salga mi padre, y mis deudos,

y rematemonos todos.

Elen. Eso es perderse, y perdernos:

mejor es darle la llave.

Isab. Y que yo quede muriendo?

no prima, no me está bien.

Dieg. Ahora bien, ya yo me quedo,

por escusar alborotos,

mas esto con presupuesto,

que no me has de hablar palabra.

Cam. Pues entre tanto, qué harémos?

Dieg. Pasearnos. *Cam.* Bien has dicho,

vá de bueltas, y paseos. *Paseanse.*

Elen. Yo no le hablaré palabra

esta noche por lo menos.

Isab. Yo si, que estoy reventando.

Cam. Jesus, que desasosiego,

y qué perdicion de casa!

Dieg. Muger, muger en efecto.

Isab. Señor mio, ya conozco,

Andase tras de ellos.

claro está, ya considero:-

Dieg. Como eso pasa en el mundo.

Cam. Toda es trayeion, y embeleco.

Isab. Quan enojado estareis:

pero juntamente os ruego

por mi amor, por mi verdad,

y por mi vida:- *Dieg.* Ya pienso

que amanece. *Cam.* Las tres son.

Isab. Que me e cuches.

Cam. No hay remedio,

que son cosas acabadas.

Dieg. Para qué respondes; necio?

Cam. Para que no nos persiga

Isab. Ya eso es pasarse á grosero

de zeloso, y es querer

echarme un dogal al cuello.

Dieg.

Dieg. Pues qué quieres?

Isab. Que me escuches,

ò que con tu mismo acero
me mates; si te he ofendido.

Dieg. Aunque yo estoy satisfecho,
quanto à mí, de la verdad,
porque la escuché yo mismo,
preciome de hidalgo,
y de tan cortés me precio.
que escucharé tus mentiras.

Cam. Bien has hecho, que en saliendo
será lo que Dios quisiere.

Isab. Pues digo, señor, que el fuego
de un rayo vivo me abraza
por soberano decreto,
si à ese hombre, si à ese hombre,
(que aun del nombre no me acuerdo)
he hablado, escrito, ni oído,
en publico, ni en secreto;
es verdad, que en tu presencia,
(solo de pensarlo tiemblo)
que soy liviana me dixo,
y muger comun me he hecho.
¿Mas qué importa que él lo diga,
y que llegues tu à creerlo-
si del ser al parecer
hay tantas leguas en medio?

Y qué importa que una nube,
considerada de lexos,
parezca gota de tinta,
que en el papel blanco, y terso
de aquesas hojas azules
pasa por borron del Cielo,
si del Cielo la pureza
no admite tales defectos,
y viene à ser el pensarlo
culpa del sentido nuestro?

Cielo es mi honor cristalino.

¿Qué importa, pues, que grosero
un testigo le baldone,
si le abona un privilegio?

¿Y si esta razon no vale,
si no vale este argumento,
dime por tu vida, dime,

(perdona si me enternezco)
no me he criado contigo?
¿no vives pared en medio
de mi casa? no te consta,
si, que jamás tuve alliento
para mirar otros ojos?
¿No sabes que tu precepto
ha sido ley inviolable
para con mi amor honesto?
Y no sabes finalmente,
que mil veces discurriendo
en que mi padre podia
entregarme à dueño ageno,
muerta en tus brazos me viste?
y quando bolví en mi acuerdo,
en muchos dias mis ojos
no se abrieron, no se abrieron,
sino para derramar
sangre del alma por ellos?
Esto, señor, no es así?
no es aquesto así, Don Diego?
Pues es así, como, como
à mi verdad desatento,
y atento solo à una culpa,
que no alcanzo, ni penetro,
aventuras mi decoro,
y desluces mi respeto,
Cosas son estas, ingrato,
que quando las considero,
quisiera que:- pero tu
no tienes culpa de aquesto,
sino mi triste fortuna,
ò algun engaño encubierto.
Y así, para que yo piense,
que alguna piedad te de debo,
busca, averigua, rastréa
sagáz, advertido, cuerdo,
aquí, en la calle, en la plaza,
el como, el quando, y el tiempo;
y si con culpa me hallares
en el primer movimiento,
dexame, que es la venganza
de mas fuerza, y de mas peso
para una muger que nace

con

con honra , y entendimiento.
Y si nada de esto quieres,
retirate à ese aposento,
pues ya empieza à amanecer,
y sin andar por rodéos
declarate con mi padre,
que es lo mejor ; pues teniendo
de nuestra parte à mi prima,
no hay que temer mal suceso;
pues quando todo lo dicho
no sea de algun efecto,
será consuelo saber,
aunque penoso consuelo,
que para la vida hay muertes,
para la fuerza Conventos,
para el engaño verdades,
para la pena venenos,
para la garganta lazos,
para el corazon aprietos,
para las desdichas ojos,
y para los ojos lienzos

Ponese un lienzo en los ojos.

que de mortaja me sirva,
si te he ofendido con ellos.

Elen. Esto me importa estorvar. *ap.*

Dieg. Que estoy tierno te confieso.

Cam. Qué mucho , si lo que ha dicho
bastaba , por Dios Eterno,
à hacer un diamante puches,
y baturrillo un cimientto.

Dieg. Levanta , Isabel , los ojos.

Isab. Qué dices? *Dieg.* Que lo postrero
hemos de hacer. *Elen.* Pues yo voy
delante , por si al encuentro
saliese alguno de casa.

Dieg. Mi vida en tus manos dexo.

Elen. Vén, Juana. *Juan.* Ya voy tras tí.

Elen. Yo pondré en esto remedio,
porque hablaré con mi tio,
con titulo de buen zelo,
y avisaré à Don Fernando
de todo , porque al momento
à pedirla se adelante,
antes que llegue D. Diego. *vase.*

Isab. Estás ya desenojado?

Dieg. Si no lo estoy , estarélo.

Isab. Mas pensé que te debía.

Dieg. Son muy villanos los zelos.

Isab. O qué mal rato me has dado!

Dieg. Y helo tenido yo bueno?

Isab. Ay Don Diego de mis ojos!

Dieg. Si estos favores grango
por los zelos que me diste,
que me des otros te ruego,
que aunque de valde son caros,
tomaré muchos al precio:

mas Juana sale. *Sale Juana.*

Juan. Venid

por acá , porque Don Pedro
mi señor sale à este quarto,
y con él , à lo que entiendo,
ha encontrado mi señora.

Is. Gran desdicha! *Die.* Grande aprieto!

Juan. Dame de presto la llave,
antes que nos halle el viejo,

de esta puerta. *Isab.* Toma, Juana.

Cam. Con mil palos me contento,
y aun con menos tengo hartos.

Jua. Ya está abierta. *Is.* Vén, D. Diego.

Dieg. Corre , Camacho.

Cam. Anda , Luisa.

Luis. Toda esta noche es agujeros.

Vanse , y salen D. Pedro , y Elena.

Ped. Tú vestida à estas horas?

Elen. No te alteres;

y pues discreto eres,
con atencion me escucha,
y la causa sabrás de aqueste efecto.

Ped. Dila presto. *Ele.* Ya tendrás noticia,
(bien asi se introduce mi malicia) *ap.*
de que mi prima , y yo:-

Ped. Todo me altera.

Elen. No quisiera que nadie nos oyera.

Ped. Aquí cómo es posible?

ay penas graves!

Elen. Pues oye , digo,
pues que como sabes,
hasta tomar estado,

con

con mi prima en tu casa me he criado,
y aunq la tengo amor, como à prima,
su honor, q̄ por ser tuyo me lastíma,
me hace decirte:: *Ped.* Qué?

Elen. Que Don Fernando
anda oy su virtud solicitando
con grande extremo.

Ped. No es para casarse?

Elen. Si señor.

Ped. Pues ay mas de efectuarse?

Ele. Eso, señor, es lo q̄ yo deseo, (pleo;
por lo bien q̄ à mi prima está su em-
mas ay un embarazo solamente.

Ped. Qué embarazo, no siédo mi pariete,
y pudiendote hablar?

Elen. Haver sabido,
que pretende tambien ser su marido,
y no sin harta nota de la Villa,
ese hijo de Hypolito Marsilla,
y no querer con nadie competencia
hasta saber tu gusto, y tu licencia;
de cuya dilacion resultar puede,
como siempre sucede,
peligro en D. Fernando, y D. Diego.
Tu eres prudente, y vés el desengaño,
yo soy tu sangre, reconozco el daño:
harto te he dicho, casala, si quieres,
con Don Fernando,
ò con quien tu quisieres, (miento,
que aunque de mas está mi adverti-
yo cumplo con decirte lo que siento.

Ped. No en valde te he querido siempre
tãto, q̄ aun á tu prima casi te adelanto,
por tu honor, tu virtud,
y tus costumbres.

Ele. Quisierate escusar de pesadumbres.

Pe. Yo quiero luego hablar à D. Fernãdo,
para que elija donde, como, y quando
quiere que se efectúe el casamiento,
q̄ yo no he menester consentiminto
de mi hija, sabiendo, que es mi hija,
y que es fuerza que elija
solo à quien yo quisiere,
q̄ aunque á D. Diego nadie le prefiere

en la virtud, y sangre q̄ ha heredado,
Don Diego es pobre,
y yo no estoy sobrado,
y en fin, justo, ò injusto,
este es mi gusto,
y ha de hacer mi gusto.

*Vase á entrar, y salen Doña Isabél,
D. Diego, Camacho, y Luisa, como
para querer entrar, y por la
otra puerta sale Fabio.*

Fab. Mi señor Don Fernando
de Gamboa á la puerta está,
vuestra licencia para entrar pide.

Ped. Decid que entre.

Ele. No vaya aora, porq̄ no le encuentre.

Is. El mismo incóveniente queda luego:
entra Camacho. *Sale Camacho*

Cam. Mi señor Don Diego
está esperando.

Ped. Pues decid que aguarde. (tarde,
Dieg. Quien nace pobre siempre llega
mas no importa, escuchemos,
hasta ver en que paran sus extremos.

Ele. Ya no espero sentencia en daño mio,
siendo Juez la codicia de mi tio,
y llegando Fernãdo á hablar primero;
y así dexarles quiero, (lante,
por no dar á entender, si estoy de-
el placer, ò el pesar en el semblante:
aguarda aqui, q̄ luego doy la buelta.

Is. Si haré, pues á morir estoy resuelta.

Elen. Harto me pesa á mí.

Isab. Bien te lo creo.

Elen. Todo suceda como yo deseo.

Vase, y sale Don Fernando.

Ped. Por la mano, Sr., me haveis ganado.

Fern. Yo me huelgo de haverme
adelantado, y así escuchad.

Ped. Decid. *Fern.* Yo seré breve.

Ped. Yo tambien, si lo q̄ pienso os mueve.

Fer. Yo quiero bié á vuestra hija, y creo,
que paga honestamente mi deseo;
soy quié sabeis, pretêdo ser su esposo,
tocaos á vos el darla al mas dichoso,

y holgaréme de ser el escogido;
mirad si breve, y compédioso he sido.
Ped. Yo lo seré tambien en convenirme.

Sale Don Diego.

Dieg. Aqui entro yo,
y aora aveis de oirme.

Pe. Pues como: *Empuñan las espadas.*

Fern. Pues por qué?

Dieg. Tened, os ruego,
y como me escucheis, matadme luego.

Ped. Decid, que ya os entiendo,
y enfadado de la licencia
que os haveis tomado:-

Fer. Despues castigaré su atrevimiento.

Isab. Apenas para oirle tengo aliento.

Luis. Aora se repuntan unos, y otros.

Cam. Y luego nos sacuden à nosotros.

Dieg. Quando los lances son apretados,
revelar los secretos mas guardados
no vanidad, señor, fuerza se llama,
y mas haviendo de por medio dama,
gusto, amor, competencia,
honra, peligro, libertad, violencia,
y otras pasiones tristes á este modo,
como en aqueste caso, q̄ lo hay todo.
Desde que el Sol dorado,
carazon de los Cielos nacarado,
con media luz madruga,
y del Alva los párpados enjuga
al fuego de sus candidas centellas,
hasta que con la noche las Estrellas,
que á verle se asomaron,
pestañean la luz que le heredaron,
gasto en idolatrar à vuestra hija,
sin q̄ otro aliento á mis potencias rija:
tanto, señor, que sabe el Cielo santo
que de quererla tanto
me pesa muchas veces, porq̄ pienso,
q̄ si agotando voy mi amor inmenso,
no tendré oy el amor, que ayer tenía,
y faltandome amor para otro dia,
la puedo no querer en aquel modo,
por haverselo ya querido todo.
Y si lo quieres ver mas claramente,

pon en una balanza diferente
todo el amor de Pyramo, de Orfeo,
Adonis, Colatiño, Accis, Perséo,
Plaucios, Macias, Jupiter, Apolo,
Isis, Faetón, Teagenes, Mauseolo,
Gneto, Paris, Leandro,
Ulyses, Marco Antonio, y Periandro,
y pon en otra solo el amor mio,
y verás que ninguno tiene brio,
porque ninguno alcanza
à pesar lo que pesa esta balanza.
No hay hora, no hay instante,
que al bolcán de mi pecho fulminante
nno arroje vivas llamas, cuya lumbre
pasa por Astro en la Celeste cumbre,
que lo amarillo de esa azul esfera,
quando en roxos carbones reververa,
no es tostado del Sol de tantos dias,
sino incendio de las ansias mias,
que la menor hasta los Cielos sube,
y unas veces es rayo, y otras nube.
Esto supuesto por verdad segura,
y supuesto tambien, que la hermosura
de Isabél, con reciprocos favores,
alienta, y vivifica mis amores,
dame à Isabél, asi los años cuentes,
que el pajaro de plumas diferentes
en el Arabia goza, donde havita,
siendo, quando se muere, y resucita,
con cada parasísimo,
hijo, padre, y abuelo de sí mismo.
Y en efecto, asi triunfes de qualquiera
enemigo, señor, que mal te quiera,
y como yo à tus pies arrodillado.
vencido te los bese, y humillado.

Arrodillase.

Ped. Advertid,

que es exceso conocido.

Dieg. Que el favor me concedas,
que te pido siquiera por tener
de aqui adelante en mí,
no esposo, no galán, ni amante,
que provoque tu enfado,
sino un esclavo, un hijo, y un criado,
que

que te consagre todo su alvedrío;
y si esto no te mueve, señor mio,
muevante aquestas lagrimas q̄ lloro,
perdone aqui el decoro, (dos;
que aunq̄ el valor estraña los gemi-
para sentir se hicieron los sentidos.

Muevante (otra vez digo)
sino los ruegos de un humilde amigo,
los q̄ me aguardan tragicos sucesos,
si tu piedad no templá mis excesos;
porque si perseveras (ras!
(ò no lo quiera Amor, ni tú lo quie-
en darla à Don Fernando,
quando vivo sus ojos adorando,
yo mismo homicida de mi mismo;
aunq̄ el mūdo lo tenga à barbarismo,
me he de tratar de suerte, (muerte,
que à ser venga instrumento de mi
ò à voces repitiendo mi tormento,
ò para mi callando lo que siento,
ò retorciendo la vital estambre,
ò aumentádo las fuerzas à la hambre,
ò bebiendo licores inhumanos,
ò rasgãdome el pecho con las manos,
ò mirando su amor puesto por obra,
que donde zelos hay, el puñal sobra.
Haz aora tu gusto, segun esto,
que para todo me hallarás dispuesto.

Ped. Estraño efecto de amor! *ap.*

Fern. Y aun arrojamiento estraño! *ap.*

Ped. Confieso, que enternecido
su voluntad me ha dexado.

Fern. Solo aguardo tu respuesta.

Dieg. Solo tu respuesta aguardo.

Fern. Si Elena no me ha mentido,
yo lograré mi cuidado. *ap.*

Dieg. Si hay piedad en sus entrañas,
yo te venceré llorando. *ap.*

Ped. No es la respuesta muy facil,
y por eso la dilato,
que hay casos en que el discurso
no se atreve à dar un paso,
ò embarazado en su duda,
ò en su riesgo embarazado.

El exemplo, como dicen,
le tocamos con las manos,
pues en el caso presente
parece imposible caso
que pueda dexar de errarse,
aun haviendose acertado.
Si à Don Diego se la doy,
me quedo necesitado,
y grangeo un enemigo:
dandosela à Don Fernando,
no cumplo con la piedad,
que me debo à Cortesano:
Por lo qual, en mi decoro,
viene à ser razon de estado
no haver de darla à ninguno,
por querer darsela à entrambos:
porque casi à un tiempo mismo
miro, noto, advierto, y hallo
congruencia en el dichoso,
justicia en el desdichado,
comodidad en el rico,
y en el pobre desamparo.
Esto respondo. *Fern.* Yo digo,
que me doy por obligado,
porque ya que yo la pierdo,
no la gane mi contrario.

Dieg. Yo no, yo no, porque así
el derecho me has quitado,
que tengo à su voluntad,
como tu estás confesando.
Y así, supuesto, señor,
que el negarme aqui su mano,
es solo por verme pobre,
oye el mas extraordinario
efecto de amor, que han visto
Griegos, Persas, y Romanos.

Ped. En q̄ forma? *Dieg.* Estame atento:
Dadme un plazo señalado
para llegar à ser rico;
y si cumplido esté plazo
no lo fuere, desde luego
dexo, y reanuncio en tus manos
quanto derecho tuviere
al casamiento tratado.

Ped. Digo, que el concierto admito:
qué plazo quieres? *Dieg.* Dos años.

Ped. Yo te doy tres, y tres dias.

Fern. Y ese termino pasado,
la aveis de casar conmigo?

Ped. Digo, que á todo me allano.

Fern. Soy contento. *Die.* Y yo tambien,
porque en ese breve espacio

no pienso dexar del Orbe

Clima tórrido, ò helado,

Isla, Ciudad, Selva, Reyno,

Monte, Mar, Provincia, ó Campo,

que para buscar hacienda

no tragine, aventurando

honra, salud, vida, y gusto;

fuera de que Don Gonzalo

de Aragon se parte ahora,

siguiendo à Carlos los pasos,

que en busca de Solimán,

vá en persona caminando,

y me tengo de ir con él.

Isab. Qué es lo q̄ estoy escuchando! *ap.*

Dieg. En cuya conquista juro,
valiente, y desesperado,

de emprender tales hazañas,

que, ò me negocien trabajos,

disgustos, ansias, enfados,

hambres, infortunios, penas,

cautiverios, y fracasos;

ò me soliciten glorias,

aumentos, medras, aplausos,

oficios, tesoros, dichas,

honores, triunfos, y lauros,

para que mas dignamente,

sin estorvos, ni embarazos,

alcance, merezca, goce

la dicha, el bien, y el regalo

de los ojos de Isabél

en sus amorosos brazos.

Ped. Pues Don Gonzalo es mi amigo,
yo he de hacer, que Don Gonzalo

por su camarada os lleve.

Fern. Si para serviros valgo,
yo tambien me ofrezco à hablarle:

para que le aleje tanto, *ap.*

que no me pueda dar zelos.

Dieg. Esto es honrarme, y honraros.

Ped. Pues vamos, Fernando, aprisa,

porque si mas nos tardamos,

podrá ser que se haya ido.

Dieg. Con la respuesta os aguardo

à la puerta de mi casa.

Ped. Al punto la buelta damos. *vanse.*

Isab. Haz lo que te tengo dicho.

Cam. Señor. *Die.* Ya entiendo, Camacho;

pero hasta bolver la esquina

es forzoso acompañarlos. *vase.*

Isab. Puedo salir? *Cam.* Si señora,

que ya ván la calle abaxo,

y ya buelve mi señor.

Salen de detrás del paño.

Isab. Loca estuve, y muerta salgo:

¿ Cielos, qué ha de ser de mí?

Sale Don Diego.

Dieg. Pues todo lo has escuchado,

no será, no, menester

decirte nada. *Isab.* No, ingrato,

que ya he visto que has querido,

por vengarte (aquesto es llano)

de los zelos que tuviste

anoche de Don Fernando,

irte, y dexarme sin vida.

Dieg. Yo, señora? *Isab.* Tú, tyrano,

porque nadie hacer pudiera

un error tan declarado,

sino es queriendo perderme.

Cam. La verdad, señor, te ha hablado.

Dieg. Por qué? *Cam.* Yo te lo diré:

porque si vés mil Soldados

hartos solo de servir,

que de comer no están hartos,

que pobres, desnudos, rotos,

tullidos, cojos, y maneos,

con un brazo à la gineta,

y con una pierna en falso,

páran en pedir limosna;

¿ cómo quieres tu en tres años

ir, medrar, y bolver rico,

como cura por ensalmo?

Dieg. Y no ha havido tambien muchos,
que por su brio han llegado
á merecer grandes puestos?

Isab. No suele ser ordinario,
porque para no medrar,
el merecer es atajo;
pero doyte que lo sea,
y doyte que los balazos,
las picas, y los mosquetes
de tanto fiero contrario
no te toquen, que no es facil,
que siempre á los desdichados
halla la bala mas cerca,
y la muerte mas á mano,
Qué escritura, dí, te han hecho,
ó qué fianza te han dado
mis penas, para que pienses,
que en un destierro tan largo,
me han de hallar viva tus ojos,
dexandome agonizando?

Yo me holgára de tener
un amor tan mesurado,
que lo pudiera templar,
ò el alivio, ò el engaño.

Pero si nadie se tasa
los sentimientos amando;
amando, y estando ausente,
cómo podré yo tassarlos?
Ea, señor, buelve en tí,
y tén lastima de entrambos,
pues no es razon que un capricho,
imposible, y temerario,
rompa de dos corazones
el mas bien texido lazo:

Qué dices? *Dieg.* Isabél mia,
si otro remedio no hallo
para llegar à ser tuyo,
qué puedo hacer en tal caso?

Isab. Yo te lo diré de presto:
Yo hasta aqui, mi honor mirando,
no me he atrevido á hacer cosa,
que ofendiese mi recato;
mas llegando la ocasion

de un lance tan apretado,
en nada repararé,
pues con mi esposo me salgo,
quando el Pueblo lo murmure;
y asi, llevame volando
á tu casa. *Dieg.* Solamente
con eso, Isabél, acabo
de confirmar mi desdicha,
pues estoy en tal estado,
que con estarme tan bien
lograr lo que quiero tanto,
no es possible en mi decoro.
el hacerlo, ni el pensarlo.

Isab. Por qué?

Dieg. Porque si tu padre
es conmigo tan vizarro,
que pierde por mi respeto
de renta seis mil ducados,
no he de ser yo tan infame,
tan grosero, y tan villano,
que una fineza tan noble
la pague con un agravio;
fuera de que ya lo dixé,
y basta haver empeñado,
mi palabra. *Isab.* En fin, D. Diego,
qué à detenerte no basto?

Dieg. No, Isabél. *Isab.* Pues vete, vete:
el corazon me se ha helado,
y si à la primer jornada
(que no será, no milagro)
te dixerén que soy muerta,
tenlo por averiguado,
y echate la culpa à ti;
y à Dios, que estoy reventando
por hartarme de llorar.

Dieg. Dame primero los brazos,
por si no te buelvo à vér. *Abrazanse.*

Isab. Ay de mí! ya no te hablo,
porque no puedo, aunque quiera.

Dieg. Harto me dices callando.

Isab. Luísa, vén. *Dieg.* Oye primero;
Tocan una caja.

pero la caja tocaron.

Isab. Y es à partir?

Dieg. Si señora. *Isab.* Gran dolor!
 Dieg. Tormento extraño!
Isab. Duro golpe!
 Dieg. Triste día! *Isab.* Pena fuerte!
 Dieg. Trance amargo! *Isab.* Que te vás!
 Dieg. Que no he de verte!
Isab. Que te pierdo!
 Dieg. Que me aparto!
Isab. Que estoy viva!
 Dieg. Que no he muerto!
Isab. Que lo sufro! *Dieg.* Que lo callo!
Isab. Para quando son las penas?
 Dieg. Para quando son los rayos?
Isab. Para quando las congojas?
 Dieg. Y las muertes para quando?
Isab. Muerta quedo. *Dieg.* Sin mi voy.
Cam. A Dios, Luisa.
Luis. A Dios, Camacho.

JORNADA SEGUNDA.

Suena ruido de desembarcar, y salen Don Diego, y Camacho de Soldados.
 Dieg. Milagro ha sido, Camacho, el poder desembarcar.
Cam. O pesia tal con el Mar, y con el primer borracho, que por él se paseó!
 Dieg. Desta vez cierta es la guerra, porque el Cesar toma tierra.
Cam. Y estás contento? *Dieg.* pues no, si mis esperanzas todas (que asi lo puedo decir) libradas tengo en morir? y al Alva desembarcó?
Cam. Hace bien, que la mareta vá creciendo cada día.
Salen el Duque de Alva, y el Marqués.
Duq. Que marche la Infantería al muro de la Goleta.
Dieg. Mondejar viene à tu lado.
Marq. Todo el viento lo destroza.
Cam. Qué Toledo, y que Mendoza!
Dieg. Ya, como tan gran Soldado,

armado el Cesar, ocupà la proa de la Real.
Duq. Qué notable temporal!
Dieg. Ya se acerca la chalupa; y otra de conserva luego.
Dent. Acosta, acosta la barca, porque el Cesar desembarca.
Dieg. Ya con uno, y otro fuego le hacen la salva, al entrar en el esquife lucido:
 Valgate el Cielo! *Cam.* Qué ha sido?
Dieg. Que el Cesar cayó en el Mar; no importa, que aqui estoy yo. *vase.*
Cam. Al Mar tras él se ha arrojado.
Duq. Qué ruido es esse Soldado?
Cam. Que el Cesar al Mar cayó, aunque todos por mil modos lo intentaron remediar.
Duq. Gran desdicha!
Marq. Gran azár!
Duq. Acudamos allá todos, *vanse.*
Cam. O valeroso Español!
 llega, vuela, nada, corre, ampara, ayuda, y socorre al Sol, que peligra el Sol.
 Ya rompiendo ovas, y lamas, por aljofares, y espumas, hace de los brazos plumas, y de las plumas escamas.
 Ya ligero como un potro, sin recelo, ni embarazo corta el vidrio con un brazo, y à su Rey saca con otro.
 Ya junto à la orilla aborda, sudando sin descansar, y aun yo de verle sudar sudo la gota tan gorda.
 Como quando pare alguna, y empuja con el afán, que quantas delante están, empujan tambien à una.
 Mas ya sale: Jesu Christo! de esta vez triunfo, y paseo,

como, cenno, calzo, y visto;
 porque 'él no puede dexar
 de ser Título à mi vér,
 y yo de su botillér
 es imposible escapar;
 con que ricos nos hallamos,
 de Carlos nos despedimos,
 y à nuestra Patria escurrimos,
 y en llegando, nos casamos.

*Sale D. Diego muy mojado con Carlos
 Quinto en los brazos, y los
 Grandes.*

Dieg. Afuera, pondréle en tierra,
 y podrán llegar despues.

Ces. Gran valor! Duque? Marqués?

Cam. Para medrar por la guerra,
 harto tienes con lo hecho.

Duq. Denos vuestra Magestad
 su mano. *Ces.* Primos, llegad
 à mis brazos, y à mi pecho.

Duq. Qué constante, y qué sufrido!

Marq. Que ha sido,
 por ser en ocasion tal,
 azár, señor, el caer.

Ces. Mendosa, no hay que temer,
 que aun no se os vertió la sal.
 Dónde se fue aquel Soldado,
 que al Mar tras mi se arrojó,
 y en los brazos me sacó?

Cam. De aqui sales Potentado.

Duq. Mirad: que su Magestad
 os llama. *Dieg.* Suerte dichosa!
 Isabél es oy mi esposa.

Ces. Dadme los brazos, llegad,
 que bien mis brazos merece
 quien tuvo tanto valor.

Dieg. Los pies me bastan, señor,
 pues entre ellos se engrandece
 la poca fortuna mia.

Duq. Envidia tuve à su accion.

Ces. De dónde sois? *Dieg.* De Aragón.

Ces. Bien se vé en vuestra osadía:
 fervid, que palabra os doy
 de tener de vos ^{ciudad}
 venid, Duque, andad Marqués,

y marche la Infantería.

Duq. Vuestra Magestad podia
 mudar vestido. *Ces.* Despues.

Marq. Ahora importa el abrigo,
 porque venís muy mojado.

Ces. Mas lo queda aquel Soldado,
 que el Mar se arrojó conmigo,
 y contrastó la mareta;

y asi, dexadme marchar,
 que no me he de desnudar
 hasta entrar en la Goleta.

Duq. Será la distancia poca,
 si lo que acostumbro hago.

Ces. Pues cierra España.

Marq. Santiago. *Duq.* Toca al arma.

Ces. Toca. *Todos.* Toca.

Vanse, y queda D. Diego, y Camacho.

Cam. Muy frios hemos quedado.

Dieg. A quien, Camacho, pudiera
 suceder, sino es à mí,
 una cosa como esta?

Que el Cesar cayese al Mar,
 que me arroje tras del Cesar,
 que nade montes de espuma,
 que rompa por la tormenta,
 que salga corriendo arroyos,
 que su Magestad lo vea,
 que libre en tierra le ponga,
 que el mundo envidia me tenga,
 y que quando, quando espero,
 que por aquesta fineza
 me favorezca con algo
 para bolverme à mi tierra,
 palabras, que lleva el viento,
 solo me dé, por respuesta!
 Ay hombre mas desdichado!

Cam. Pues de quien, señor, te queexas,
 si tienes la culpa tú?

tú te culpa, que pudieras,
 quando llegaste á sus plantas,
 referirle tus tragedias,
 y pedirle algun oficio:

que aun Dios, con ser Dios, se alegra
 de que le pidan los hombres,

y no hay dia que amanezca,
que unos, y otros no le pidan,
ya justo, ò injusto sea.
Los pobres, que haya buen año;
los Tratantes, que haya ferias;
los Letrados, que haya pleytos;
los Mohatrerros, que haya deudas;
los Ministros, que haya paces;
los Soldados, que haya guerras;
los Frayles, que haya limosnas:
las Monjas, que haya licencias;
los Medicos, que haya fruta,
pepinos, y verengenas,
porque son tercianas dobles,
y hacen su Agosto con ellas:
Los Pasteleros, que haya
Toros, porque en estas fiestas
mueren algunos rocines,
que en los de à quarto se encierran:
Los discretos, que haya libros;
los bobos, que haya camuesas;
los Curas, que haya mortuorios;
los Sastres, que haya libreas;
los Jueces, que haya delitos;
los Musicos, que haya letras;
los enfermos, que haya fuentes;
los sanos, que haya tabernas,
aunque tabernas, y fuentes
ya es todo una cosa mesma;
y en efecto, quantos viven
sin empacho, ni verguenza,
à Dios piden de comer,
quando el Pater noster rezan.
Dios es Dios, Carlos es hombre,
el uno entiende por señas,
y el otro ha menester gritos:
saca tú la consecuencia,
y perdona, que ya veo,
que hablo ya mas que una Dueña,
que un Sastre, que un Mequetrefe,
que un Barbero, y que un Poeta.
Dieg. Ay, Camacho! quien nació,
como yo, con mala estrella,
ni diligencias le bastan,

ni meritos le aprovechan.
Y así, pues que Carlos Quinto,
Señor del Mar, y la Tierra,
que premia à quantos le sirven,
à mí solo no me premia.
Isabel de mi se olvida,
que es lo que mas me atormenta,
pues en dos años y medio
no he merecido respuesta
de tantas cartas escritas
por via de Doña Elena.
Don Fernando mas constante
la sirve, y la galantéa,
esperando celebrar
sus bodas, y mis exequias,
y del plazo señalado
solo seis dias me quedan
para vencer mi fortuna,
y para adquirir hacienda.
El remedio es el morir
como noble en esta guerra,
pues con la muerte en efecto
todas las desdichas cesan:
y así, en llegando la hora:- *Tocán.*
Cam. Ya las caxas, y trompetas
hacen señal de embestir.
Dieg. Huelgome, porque lo creas,
y veas, que por los tiros,
por las picas, y las flechas
me voy metiendo, hasta que
de tantas, alguna pieza
me haga harina las entrañas.
Cam. No hayas miedo que lo vea.
Dieg. Por qué? *Cam.* Porque no estare
tan cerca de tí, que pueda.
Dieg. Yo sé, Camacho: que acierto
Cam. Lleveme el diablo si aciertas.
Dieg. Quien sabe lo que es amor,
dirá que el morir es fuerza.
Cam. Quien sabe lo que es vivir,
dirá que es gran borrachera.
Dieg. La muerte todo lo acaba.
Cam. La vida todo lo alienta:
Dieg. Los desdichados no viven.

Camacho

Cam. Menos viven los que llevan
las patas ácia delante,
y ván à comer arena.

Dieg. No hay gusto sin Isabél.

Cam. Muchos puede haver sin ella.

Dieg. Muerto soy, si ella me falta.

Cam. Mas falta te hará una muela.

Dieg. Eres en fin hombre baxo.

Cam. Pues cuéntaselo à tu abuela.

Dieg. O qué respuestas tan frias!

Cam. O qué locuras tan necias!

Vanse, y salen D. Fernando, y Elena.

Fern. No quisiera que me viera
tu prima en esta ocasion.

Elen. Tienes, Fernando, razon;
mas Juana quedó à la puerta,
y no se descuidará.

Fern. Traza como tuya ha sido.

Elen. Y está todo prevenido?

Fern. Todo prevenido está.

Elen. Y el hombre que ha de venir,
sabe ya lo que ha de hacer?

Fern. Que no lo echará à perder
solo te puedo decir;
pues fuera de ser mi amigo,
y vér del modo que estoy,
vino ayer, y vase oy,
y no le han visto conmigo;
con que no puede poner
nadie en su credito dolo.

Elen. Por ese camino solo
à mi prima has de vencer.

Fern. Es verdad; mas solo temo,
si à Don Diego quiere tanto,
que la ha de matar su llanto.

Elen. Ya no es, no con tanto extremo;
que como por orden mia
à la hora del partirse
concertaron escribirse
y las cartas que él embia
no se las doy à Isabél,
ni el vé lo que escribe ella;
él está zeloso de ella,
y ella está ofendido de él;
y asi lograr tu cuidado

puedes sin ese temor,
porque aunque es mucho su amor,
está mucho mas templado.

Fern. Pues en essa confianza
voy à ordenar lo dispuesto.

Elen. Lo que importa es, que sea presto,
que hay peligro en la tardanza.

Fern. Quando te parece à ti?

Elen. Dentro de una hora, ò de dos.

Fer. Pues à Dios, Elena. *Elen.* A Dios.

Fern. Un imposible vencí. *vase.*

Elen. Quien me viere padecer,
quien me viere sollozar,
quien me viere aventurar,
quien me viere resolver,
y quien me viere en efecto
con engaños, y trayciones
decir, y hacer sinrazones
contra mi propio respeto,
juzguese desesperar,
imagínese sufrir,
considerese morir,
y mirese agonizar,
y verá como disculpa
mi pena con su dolor,
mi locura con su error,
y con su culpa mi culpa:
que los yerros fueran menos,
si aquellos que murmuráran
de los suyos se acordáran,
quando riñen los agenos;
y así, para que Isabél
pierda toda su esperanza:— *Sale Jua.*

Juan. Habla quedo, y con templanza,
qué está detrás del cancel.

Salen Isabel, y Luisa.

Elen. Ya la he visto.

Isab. Muerta vengo.

Luis. Tén de tí proprio mancilla.

Isab. Si haré; traeme la almoadilla.

Luis. Ya en el estrado la tengo.

Elen. Todas, prima te aguardamos
de alegrarte deseosas.

Isab. Diligencias son ociosas
por mi parte; pero vamos,

siquiera por ver si hay
un alivio para mi.

*Descubrese un estrado, y sientase
à labrar.*

Luis. La gasa tienes aqui,
y tú, señora, el cambray:
tú, que es menos embarazo,
essa camisa de Holanda:
tú las puntas de la vanda,
y yo, y Juana el cañamazo;
no hay sino hacer, y callar.

Isab. Ya yo, Luísa, estoy sentada.

Luis. Llega mas essa almohada:
cómo te vá de penar?

Isab. Como siempre, que el dolor,
despues que mi bien perdí,
ya es naturaleza en mi.

Elen. Luego lo dirás mejor: *ap.*
muy poco contigo valgo.

Isab. Es la pena descortés.

Elen. Cantarán?

Isab. Canten.

Elen. Inés,
y Francisca, cantad algo.

Musica. Toda la vida es llorar
por amar, y aborrecer,
en dexando, por bolver,
y en bolviendo, por dexar.

Elen. Qué verdades tan seguras
son las de algunos romances!

Isab. Qué poco me alcanza à mi
lo civil de estas verdades!

Elen. Por qué?

Isab. Porque como siempre
estoy en amor constante,
quanto lloro es por tenerle,
mas no, prima, por dexarle.

Elen. Haces mal.

Isab. Quiero muy bien.

Elen. No te pagan?

Isab. Quién lo sabe?

Elen. Tu lo sabes.

Isab. Es engaño.

Elen. Es que quieres tu engañarte.

Isab. Don Diego siempre me quiso.

Elen. Don Diego pudo mudarse.

Isab. No hay razon para creerlo.

Elen. El no escribirte es bastante.

Isab. Puede ser que mas no pueda.

Elen. Lo que yo digo es mas facil.

Isab. Qué puedo hacer, si le adoro?

Elen. Divertirte, y olvidarle.

Isab. Son muy vulgares remedios.

Elen. Qué importa que sean vulgares?

Isab. No los abraza mi amor.

Elen. Qué importa que los abraze?

Isab. Es tarde para sanar.

Elen. Todas sanan, aunque tarde.

Isab. No soy muger como todas,
y assi te cansas en valde.

Elen. Yo quisiera verte alegre.

Isab. Yo no quiero, siendo infame.

Elen. Querer vivir no es delito.

Isab. Si; mas lo es el ser mudable.

Elen. Danme lastima tus penas.

Isab. Mas lo harán mis liviandades.

Elen. En fin, no valen mis ruegos?

Isab. En esto, prima, no valen.

Elen. Pues buelvome à mi labor.

Isab. Pues buelvome à mis pesares.

Sale Feliciano de Soldado.

Felic. Esta es sin duda la casa,
si no mienten las señales.

Luis. Un hombre se ha entrado acá.

Elen. El es.

Juana. Bien lo dice el trage.

Isab. Qué es, señor, lo que quereis?

Felic. Si acaso erré, perdonadme,

que un forastero disculpa
tiene para yerros tales:

A Hipolito de Marsilla,

que vive en aquesta calle,

y pienso que en esta casa,

quisiera hablar, para darle

esta carta, y unas nuevas.

Isab. Son del hijo que fue à Flandes?

Luis. Gracias à Dios, que te ries.

C

Felic.

Felic. Si señora.

Elen. Puedo darte
el parabien? *Isab.* Ay amiga!
el gozo apenas me cabe
en el pecho!

Felic. No es aqui?

Isab. No señor, mas adelante,
à mano izquierda, es la casa
de esse hidalgo.

Felic. Quien no sabe,
sin querer, cada momento
hace yerros semejantes.

Isab. En todo aciertan, señor,
los hombres de vuestras partes:
y como queda Don Diego?
que el ser vecina, me hace
ser curiosa.

Felic. No ha tenido
Italia quien le aventaje,
y aun esso le echó à perder.

Isab. Pues por qué?

Felic. Porque en el lance
primero, que se ofreció,
por querer adelantarse
mas, que muchos Coroneles,
y que algunos Capitanes,
una pieza le llevó,
sin poder nadie ayudarle,
la cabeza de los ombros.

Isab. Ay de mí! *Desmayase.*

Elen. Caso notable!
prima. *Luis.* Señora.

Felic. Qué ha sido?

Elen. Robóla el susto la sangre,
y hase quedado mortal.

Felic. Perdonad, si he sido parte
de esta pena, que à saber: :-

Elen. Vos, señor, en nada errasteis.

Felic. Lo que me mandaron hice,
no debo mas: Dios os guarde. *vase.*

Elen. Id vosotras, y avisad
de este repentino achaque
à mi tio.

Juana. Vamos presto, *vase.*

Elen. Y tu, Luisa, traeme, traeme
un vidrio de agua.

Isab. Detente,
que ya el agua vendrá tarde,
porque me hallará sin juicio,
quando muerta no me halle.
Muerta estoy: Cielos piadosos,
no os admire, no os espante:
triste de mi, que escuchando
una desdicha tan grande,
dude, tema, desespere,
arda, tiemble, grite, clame,
llore, gima, pene, jure,
caiga, enferme, muera, acabe,
y acá de puertas adentro
de mis pensamientos, ande
como loca, sin saber
à nada determinarme,
que los golpes repentinos
no hay cordura, que no arrastren.
Valgame Dios!

Elen. Si no tratas
de procurar olvidarle: :-

Isab. Calla, por Dios, y no seas
como algunos ignorantes,
que visitando à un enfermo,
le dicen, por consolarle,
que no imagine en el mal,
como si fuera muy fácil
tener presente el dolor,
y del dolor olvidarse.
Yo estoy padeciendo aora,
si, la enfermedad mas grave,
la calentura mas fiera,
el dolor mas penetrante;
pues en qué quieres que piense
sino en sentir, y quexarme,
hasta que la pesadumbre,
que es enfermedad aparte,
se arraigue en el corazon,
y poco à poco me mate,
que es lo que yo solicito
por alivio de mis males?
Aunque no, no digo bien,

me-

mejor es vivir, mas vale
conservar aquesta vida,
y con risueño semblante
alegrarme, y divertirme,
no porque el vivir me agrade,
sino porque puede ser
que viviendo (escuchadme)
viva Don Diego tambien,
aunque la vida le falte:
que si un gusano de seda,
quando elado, y muerto yace,
solamente con que el dueño,
que cuida de su hospedage,
dentro del pecho le abrigue,
le dé calor, y le guarde,
cobra la vida perdida,
y nuevamente renace
à usar de su propio ardid
en el capullo flamante;
bien podré yo, bien podré,
amorosa, tierna, afable,
con mi calor, con mi aliento,
con mi vida, con mi sangre,
encender esta pavesa,
revivir este cadaver,
y abrigar esta ceniza,
hasta reteger su estambre.
Y assi, yo quiero vivir,
porque à Don Diego le alcance
algo de mi vida, y viva,
como un gusano lo hace;
pues si muero, no es possible,
que le vea, ni le hable;
y si vivo, puedo verle,
pues puedo resucitarle.
Mas no, dexadme dar voces,
que aunque mi padre lo mande,
aunque el Pueblo lo murmure,
aunque el pundonor lo infame,
aunque el recato lo riña,
y aunque la virtud lo estrañe,
à todas horas mis ojos
han de dar claras señales
de que quise, que adoré

resuelta, firme, y constante
aquella difunta luz,
aquel ajado diamante,
aquella apagada antorcha,
y aquella deshecha nave, (baste
que no hay respeto, ni temor que
cõ tantas penas, cõ dolor tan grande.

*Vanse, y aparecese Don Diego en una
muralla, con espada desnuda, una
rodela, y un Estandarte.*

*Die. Ea, Españoles, Tunez por España,
que aunque llueva enemigos la cam-
paña,
en el peligro la ocasion se muestra:
El Cesar viva, la victoria es nuestra.*

*Tocan caxas, y salen el Emperador
el Duque, y el Marqués con las
espadas desnudas.*

Duq. Ya Barbarroja huyó mal seguro.

*Emp. Quién es aquel Soldado, que en el
muro ha llegado à poner el Estádarte?*

Duq. Marsilla pienso que es.

*Emp. O Español Marte!
con quanto tengo, Duque, me parece,
que no satisfaré lo que merece.*

*Marq. Tambien en la Goleta hizo lo
mismo.*

*Dieg. España viva, y muera el Barba-
rismo.*

Emp. Prosigase el assalto.

Duque. Cierra, España.

Dieg. Ya la Ciudad se rinde.

Marq. Ilustre hazaña!

*Emp. Ea, entrad, mis Leones, entrad
luego, y saqueadla à sangre, y
fuego.*

Dentro voces. El saco se permite.

Diego. Arriba.

Emp. Arriba.

Diego. Viva el Cesar de España.

Todos. Viva, viva.

Tocan à embestir, y vanse, y salen tres Soldados cargados de despojos.

Sold. 1. Esto si, q̄ es lucirse ser Soldado un hombre: vive Dios, que voy cargado, como allá en la Goleta de zequeís, aquí de alfombras, piedras, y rubíes.

Sold. 2. Bien haya, amen, quien inventó la guerra: rico de aquesta vez vuelvo à mi tierra, con seis jaeces Turcos de labores, que no los tiene Solimán mejores.

Sold. 3. O saco de los Cielos soberano! aora si, que campará un Christiano con dos collares, que de perlas, y oro, valen, si no son falsos, un tesoro. *vans.*

Sale Don Diego.

Dieg. No hay hombre, vive Dios, tan desgraciado, que no haya puesto pie, que no haya entrado donde haya fuente, vaso, jarro, copa, oro, plata, zequí, piedra, ni ropa, y q̄ quando no hay hombre que no salga rico del saco, poco, ò mucho valga; yo, q̄ el primero entré de tanta gente, sangre de Moros saco solamente: el juicio he de perder.

Sale Camacho con una talega al ombro.

Cam. O qué bien pesa la talega! parece una Abadesa: à un galgo la quité, y es cierta cosa, que hay en ella riqueza portentosa: dicha grande es triunfar del enemigo! volcarla quiero; vaya Dios conmigo: *Bacia à un lado la talega.*

Jesus, qué cantidad de baratijas! ollas, cazuelas, alcuzcúz, botijas, anteojos, almohaza, gurupera, estrivo, manta, freno, ratonera, alpargatas, arnero, calzas, botas, candil de garabato, y maniotas;

por Dios, que es gran tesoro, Genóves Recoleta era este Moro.

Quiero bolverlo à recoger, no venga alguno, que conmigo se entretenga, y piense, que con esta carretada à la Plazuela voy de la Cebada,

Diego. Loco estoy.

Cam. Mas allí siento à mi amo, q̄ al saco habrá venido como un gamo, y tendrá (quién lo duda?) de rubíes, de alhajas, y de piedras carmesíes una azemila ya como una sarta: quiero decirle, que conmigo parta, y que me dé siquiera mil diamantes: há señor?

Diego. Hay desdichas semejantes!

Cam. No respondes? no hablas?

estás sordo? (gordo?

qué mas hiciera un Mercader muy al Cielo miras, y las manos juntas?

Dieg. Qué te he de responder? qué me

Cam. Furioso estás. (preguntas?

Dieg. Estoy desesperado.

Cam. Otra talega como yo ha topado.

Dieg. Y à matarme tambien estoy re- toma esta espada: (suelto;

Cam. El juicio se le ha buuelto. *ap.*

Dieg. Y matame. *Cam.* Qué dices?

Dieg. Esto digo,

haz cuenta, que naciste mi enemigo, ò que eres mi contrario declarado.

Cam. Todo lo puedo ser, siendo criado; pero darte la muerte es caso fuerte.

Dieg. Vive el Cielo, q̄ me has de dar la ò te la he de dar yo. (muerte,

Cam. Gentil partida:

escusalo, si puedes, por tu vida, porque son muy costosas pataratas.

Dieg. Mataréte, por Dios, si no me matas.

Cam. Digo, q̄ yo lo haré, suelta el acero: aora bien, el humor llevarle quiero. *ap*

hasta que gente venga, que à mi me libre, y su furor detenga.

Dieg. Qué aguardas? llega, y matame,

Camacho,

Cam.

Cam. Juro à Dios, y à esta Cruz, que está por dónde te he de dar? (borracho:

Dieg. Por qualquier parte.

Cam. Quisiera con aliño homicidiarte; por la garganta quedarás muy fiero, porque con el aprieto del garguero, como el q̄ muere en puntos no repara, sacarás una lengua de una vara.

Dieg. Pues passame este pecho.

Cam. Sea en buen hora: q̄ por aquí no passe un alma aora! *ap.* echaré al lado izquierdo, ò al derecho?

Dieg. Arrojate por medio.

Cam. Aquesto es hecho. (ofendas,

Dieg. Mas ha de ser de modo, que no quando la punta con el brazo extiende mi dueño la imagen. (das,

Cam. Eso ha estado discretissimamente reparado, porque sin duda alguna la lisiára, si à troche, y moche por en medio echára;

y assi será razon, si te parece:- mas el Cielo mis ruegos favorece, *ap.* que el Cesar sale.

Dieg. Acaba, date prisa. (Missa.

Cam. No puedo, porque pienso ser de

Dieg. Pues mataréme yo, porque mas presto :-

Cam. Estás en tí, señor?

Salen el Emperador, el Duque, y el Marqués.

Emp. Tened, qué es esto? (en loco.

Dieg. Nacer sin dicha, y dar un hombre

Cam. Y haber cargado delátero un poco; quiere matarse.

Emp. Qué decís? un hombre de tan grãde valor, de tanto nombre, ha de pensar locura semejante?

Dieg. Tengo causa, señor, y muy bastãte.

Emp. Decidla presto.

Dieg. Oidla atentamente.

Cam. Aora entra el pedir famosamente,

Dieg. En Teruél, Principe Augusto,

Cesar invicto de Roma,

Emperador de Alemania,

y Gran Monarca de Europa:

En Teruél, Ciudad insigne

de Aragon, y su Corona,

Reyno aparte, y Reyno tuyo,

que es en él su mayor gloria,

naci: plugiera à los Cielos

fuera mi vida tan corta,

que en la clausula de nn dia

hubiera cabido toda;

que vivir para ser pobre,

y mas en la edad de aora,

bien puede llamarse vida,

mas es vida muy penosa.

Dexo aparte mi crianza,

supongo mi Executoria,

passo por el ser bien quisto,

y voy solo à lo que importa:

porque donde el tiempo falta,

qualquier episodio sobra.

Vivia pared en medio

de mi casa (aqui es forzosa

la digresion) una Dama;

no dixé bien, una Rosa;

mal la encarecí, una Estrella:

grossero anduve, una Aurora;

mucho la ofendí, una Venus;

poco la alabé, una Diosa;

todo es nada, una muger,

sin genero de lisonja;

cortés, como Ciudadana;

firme, como Labradora;

noble, como Montañesa;

compuesta, como señora;

discreta, como milfeas;

y linda, como ella sola.

Esta passe por pintura

de las prendas, que la adornan

à Isabel; y sobre todo,

ser de mi gusto, que monta

mas, que todo lo demás;

que para quien se enamora,

la que mejor le parece,
es solo la mas hermosa.
Pedíla, en fin, à su padre,
el qual (ay triste memoria!)
despues de otros muchos lances,
que huvo de una parte, y otra,
me respondió, que sin duda
fuera mia la victoria,
à tener yo el Mayorazgo
de Don Fernando Gamboa,
hombre rico, y que à este tiempo
solicitaba sus bodas.

Yo entonces, viendo, que solo
era falta poderosa
para perderla el ser pobre
(porque ya el serlo es deshonra)
para ser rico le pido
termino, y él me le otorga
de tres años, y tres dias:
acciones, señor, que todas
cosas de sueño parecen,
ò novelas fabulosas.

Y sin detenerme un punto,
ni atender à las congojas
de Isabel, que aun à los bronces
ablandáran lastimosas,
con un Capitan, que estaba
de partida à Barcelona,
senté plaza, y embarcados
en dos fuertes Galeotas,
en Florencia nos hallamos,
à tiempo que sus discordias
te obligaban à cercarla,
de cuya faccion heroica
era el Principe de Orange
General por tu persona.

Aqui he menester, señor,
que tu Magestad me oiga
con admiracion; bien puedo
decirlo de aquesta forma,
porque en una escaramuza,
que tuvimos peligrosa,
sobre estorvar un socorro
con la gente de Saxonia,

à mi Maestre de Campo
Juan de Urbina, honor, y gloria
de Madrid, vi atravesar
el pecho con dos pelotas,
que Felipe de Bullón,
Caudillo de aquellas Tropas,
le tiró desde un cavallo,
hijo adoptivo del Boreas.
Yo entonces, de vér corrido
del Saxon la vanagloria,
y de los nuestros la pena,
que mudamente la lloran,
rompiendo por todos quantos
estaban à la redonda,
vine à emparejar con él,
el qual de mi furia loca
queriendo satisfacerse,
alza la cuchilla corba;
para alcanzarme mejor
sobre el cavallo se dobla:
mas yo, cubriendome todo
de una rodela Española,
el golpe reparo, y buelvo
con tal presteza la hoja,
que le llevé de un revés
muñeca, espada, y manopla.
Y bolviendome à mi puesto
antes que el passo me cojan,
si no presumido, ufano
quedé de accion tan airosa;
porque aunque no le maté,
por estar tantos de escolta,
me pareció, que habia sido
venganza mas rigurosa,
hacer zurdo à un hombre noble,
que matarle à toda costa.
Rendida Florencia, luego
passé con Andréa Doria
à Petraso, y à Cotrón,
Patria de Plutarco honrosa,
y restauradas sus Plazas,
corrí de Grecia la Costa,
hasta que en Puerto-Fariña
suerte tan dichosa,

que

que encontrè à tu Magestad,
 que en busca de Barbarroja,
 doblando el cabo à Cartago,
 lleno de marciales pompas,
 daba fondo en la Goleta;
 por mas señas, que las olas
 se enfurecieron de modo
 con una mareta sorda,
 que al saltar con un esquife
 por el lado de la popa,
 zozobró à vista de todos
 la maritima carroza;
 y apenas te ví caído,
 quando al páramo de aljofar
 ligero buzo me arrojó,
 y à tu Cesarea Persona
 saco en mis brazos, rompiendo
 montes de tegidas ovas,
 que intrepidas batallaban
 por bolverme à hurtar la joya.
 Puesto cerco à la Goleta,
 por un portillo de sogas
 subì trepando hasta arriba,
 sin que bastassen pistolas,
 lanzas, picas, chuzos, flechas,
 mosquetes, tiros, ni bombas,
 à echarme de la muralla,
 à donde matè en un hora
 tanto numero de Turcos,
 y de Moros tanta copia,
 que quando quiso acudir
 al socorro Barbarroja,
 no hubo menester escalas
 para su muralla propia;
 porque eran los muertos tantos,
 que al romper por las marlotas,
 su multitud asesinado
 servia de plataforma.
 En Tunez hice lo mismo
 sobre las almenas rojas,
 tremolando el Estandarte
 de tus Aguilas de Roma:
 y todo à fin, gran señor,
 (que assi lo diga perdona)

de enriquecer, por si puedo,
 ojála amor lo disponga,
 mejorando de fortuna,
 gozar de mi amada esposa.
 Pero viendo que no tengo
 fortuna en ninguna cosa,
 qui mis finezas se pierden,
 que mis hazañas se ignoran,
 que los despojos me huyen,
 que los hados me baldonan,
 que mi esperanza fallece,
 que el tiempo corre la posta,
 que Isabèl espera el plazo,
 que los Cielos no lo estorvan,
 y que à mi pesar, en fin,
 se han de celebrar sus bodas,
 desdicha, que ha de matarme
 à la larga, ò à la corta;
 à este criado, que siempre
 me ha seguido en mis derrotas,
 le roguè que me matasse
 por modo de buena obra.
 Esta, señor, es mi vida,
 mi amor, mi pena, mi historia,
 y la causa que he tenido
 para una faccion tan loca.
 Si ruegos, ansias, servicios,
 assaltos, triunfos, victorias,
 lagrimas, sustos, trabajos,
 aflicciones, y congojas,
 valen para merecer
 de tus manos generosas
 premio alguno, que equivalga
 al intento que me exorta;
 haz cuenta, señor, haz cuenta,
 que me lo dás de limosna,
 y que como Dios, me haces
 de nuevo, porque conozca
 Aragon, España, el Mundo,
 que à tus rayos, y à tu sombra,
 la mas adversa fortuna
 se desmiente, y se mejora:
 y tambien, porque un amor,
 el mas fino, que hasta aora

ha

ha visto el mundo, se logre,
y à pesar de quien le enoja,
al fin lleguè que deseo,
con cuya faccion heroica
tu grandeza se sublima,
mi voluntad se corona,
la virtud queda triunfante,
el poder sus fuerzas postra,
Don Fernando pierde el premio,
mi afecto gana la joya,
Isabel me dá su mano,
su padre me galardona,
y yo la vida redimo;
porque siendo ella mi esposa,
no hay dolor que me compita,
ni pena que se me oponga.

Emp. Notable historia, por cierto!

Marq. Notable, y aun prodigiosa.

Duq. Su amor iguala à su brio,
y uno de otro se ocasiona.

Emp. Vos teneis mucha razon,
siendo, como son, notorias
vuestras hazañas, de estar
quexoso de mi memoria:
mas no ha sido culpa mia
en no estar premiadas todas,
sino de vuestra fortuna,
que parece que las borra;
porque queriendo poner
su satisfaccion por obra,
muchas veces sin pensar,
se me han ofrecido cosas,
que han podido divertirme,
pero no podrán aora.

Y assi digo lo primero,
que os hago de vuestra propia
Compañia Capitan;
y os doy de ayuda de costa
tres mil ducados cada año,
de las rentas que se cobran
de Teruél, y del despojo,
que por mi parte me toca,
quatro mil para el camino.

Dieg. Dexame, señor, que ponga

en la tierra, que merece
tocar tus plantas heroicas,
una, y mil veces los labios.

Emp. Vuestro valor os abona.

Cam. Y à mi no me abona nada,
que en todas las peleonas
le he acompañado?

Emp. Tambien,
para tu ayuda de costa,
dì, que te den mil escudos.

Cam. Por cada escudo una flota
Mexico te contribuya
de barras de à media arroba,
para conservar à Flandes,
que bien son menester todas.

Emp. Tú vete quando quisieres:
vos, Duque, haced que una Tropa
siga à Barbarroja; y vos
venid, para que responda
al Pontifice, y à España
avise de esta victoria.

*Vanse, y quedan Don Diego, y
Camacho.*

Dieg. Tantas, señor, te dè el Cielo,
que tus Aguilas famosas
mas allá de lo imposible
buelen siempre vencedoras.

Cam. Baylo, brinco, y zapatèo.

Dieg. Huvo suerte mas dichosa?

Cam. Dióte al fin como quien es.

Dieg. Es Carlos Quinto, que sobra.

Cam. Y aora què falta aqui?

Dieg. Embarcarme à tomar postas.

Cam. Dí á cobrar nuestro dinero.

Dieg. Pues vamos.

Cam. Serè una Onza.

Dieg. Viva Carlos.

Cam. Carlos viva.

Dieg. De esta vez mi amor se logra.

Cam. De esta vez Luísilla es mia.

Dieg. De esta vez gozo mi esposa.

Cam. Y de esta vez Don Camacho
me apellido entre las mozas.

JOR.

JORNADA TERCERA.

Salen Doña Isabél , y Doña Elena.

Elena. Ya el termino se cumplió,
ya qualquier remedio tarda,
ya el desposorio te aguarda,
y ya Don Diego murió.

Isab. Pues bien , que puedo hacer yo ?

Elena. Los ojos del suelo alzar,
siquiera por escusar
la sospecha à quien te vé.

Isab. Bien dices , assi lo haré,
y aun es fuerza à mi pesar;
porque es distinto el modelo
del que nace , y del que espira,
que el que nace al suelo mira,
y el que espira mira al Cielo;
yo hasta aqui miraba al suelo,
porque viva me juzguè;
mas ya al Cielo miraré,
porque aunque llore , y suspire,
es razon , que al Cielo mire
quien agonizar se vé.

Sale Luisa.

Luisa. Mi señor te anda buscando,
y ya llega al corredor.

Sale Don Pedro.

Pedro. Isabel ?

Isab. Padre , y señor ?

Pedro. En que te detienes , quando
te están todos aguardando ?

Isab. Ay de mi ! Cielos , que haré ? *ap.*

Pedro. Qué dices ?

Isab. Que ya lo sè.

Pedro. Pues que aguardas ?

Isab. Ya te sigo.

Elena. Yo la llevarè conmigo.

Pedro. Y yo à esperaros me iré. *Vase.*

Isab. Ya llega de mi partida,
amigas , el fin postrero,
ya he muerto , si , que no muero,
que el que muere aun tiene vida,

y yo estoy tan despedida
de la vida que gocé,
que quando difunta esté,
despues por otro accidente,
la novedad solamente
de cadaver llevaré.

Muerta soy , y aun muerta siento,
porque venga todo junto,
para el gusto lo difunto,
lo vivo para el tormento:

y porque igualar intento
de Don Diego assi el amor,
que si él me lleva en rigor
de ventaja la mortaja,
yo le llevo de ventaja
sobre la muerte el dolor.

Ojos de llorar no enjutos,
lutos vestid de dolor,
que una boda sin amor,
no es mal paño para lutos:
y pues con amor los brutos
lloran , llorad mi pesar;
pero no , que es descansar,
y mirandome morir,

por no dexar de sentir,
aun no tengo de llorar.
Y vos , alma de los dos,
à Dios , que voy à morir,
pues lo podré conseguir
con acordarme de vos;

porque si imagino (ay Dios !)
que estais vivo , es tan crecida
esta gloria , aunque fingida,
que , à pesar del hado fuerte,
despues de passar la muerte,
me buelvo à hallar en la vida.

Ruegos de un padre alcanzado,
porfias de un gran poder,
desdichas de una muger,
y nuevas de un nuevo estado,
à consentir me han forzado
mi casamiento ; mas miento,
que en tan terrible tormento

D

pue-

puedo sin vós; y sin mí
à otro dueño dar el sí,
pero no el consentimiento:
que el sí la lengua le dá,
y el consentimiento el gusto,
y la lengua con el susto
no dice lo que hay acá:
que como en humedo está,
y el corazon habla quedo,
al publicar su denuedo,
haciendo del llanto risa,
ò desliza con la prisa,
ò resvala con el miedo.
Ya, Don Diego, en fin, me caso,
quando el amor dexo atrás;
mas no puedo decir mas,
que el dolor se ha puesto al passo:
lo que sufro, lo que passo
no tiene ponderacion,
y assi callarlo es razon;
y si de oirlo gustais,
en el corazon estais,
preguntadlo al corazon. *Vanse.*

Dicen dentro Don Diego, y Camacho.

Diego. Ten este estrivo, Camacho.

Cam. Dí si me puedo tener,
porque no tengo ningun
huesso que me quiera bien.

Salen D. Diego, y Camacho de camino.

Diego. Has guardado las maletas?

Cam. Ya las maletas guardè.

Diego. Y pagaste al Postillon?

Cam. Si señor, ya le pagué,
como quien paga al Verdugo
los azotes, y el cordél.

Diego. Pues andemos.

Cam. Ya te sigo,
aunque mal parado, à fé:
pero dime, ya que havemos
venido à todo moler,
deshecha la horcajadura,

molida la redondèz,
magullada la barriga,
desportillado el embès,
y aturdido el espinazo
del trotante palafren,
por que al entrar del Lugar
te has apeado? por què?

Diego. Por escusar alborotos,
y (si es possible) saber,
antes de entrar en mi casa,
de la salud de Isabel,
y el estado de su amor,
que si al alma he de creer,
no sè que me dice el alma.

Cam. Ya el temor injusto es,
ya fuiste à servir al Cesar,
ya el Cesar te hizo merced,
ya en Tunez nos embarcamos,
y ya entramos en Teruél
el mismo dia que el plazo
se cumple de tu placer;
pues què temes? què recelas?

Diego. Temo que passado estè;
mas oye, que dá el relox.

Cam. Cuento, pues: una dos, tres,
quatro, cinco, seis.

Diego. Ay triste!

Cam. Siete, ocho, nueve, diez:
las diez son.

Diego. Pues tarde vengo.

Cam. Por què?

Diego. Porque yo llevè
tres años, y mas tres dias
de termino.

Cam. Ya lo sé.

Diego. Salí dia de la Cruz
à las ocho.

Cam. Dices bien.

Diego. Oy se cuentan seis de Mayo,
y las diez dan en Teruél,
de ocho à diez dos horas ván;
luego dos horas despues
llego del plazo propuesto,

que

que al partirme concertè.

Cam. Es verdad;
mas què es dos horas?

Diego. Es un siglo para quien,
si tiene alguna fortuna,
ha sido à mas no poder.

En un punto, en un instante
se pierde un Reyno tal vez,
se sorbe el Mar una Armada,
se vé una Ciudad arder,
desmantelarse un Castillo,
y una Torre dá un baibèn:
mas ya estamos en la calle.

Cam. Y añade, en la casa de
aquel Serafin de alcorza.

Diego. Arrebozate rù bien,
que anda gente por la calle,
y te podrán conocer. *Retiranse.*
Salen Fabio, y Luisa.

Luisa. Haz, Fabio, que prevenidas
dos, ò tres hachas estèn,
para quando las visitas
salgan.

Fabio. Voyte à obedecer. *vase.*

Diego. No es Luisa?

Cam. Si.

Diego. Pues yo llego
à hablarla: Luisa. *Llegase à ella.*

Luisa. Quien es?

Diego. Don Diego; no me conoces?

Luisa. San Blás, San Luis, San Miguèl
me valga.

Diego. Que es lo que dices?

Luisa. Sombra fria, sueltame.

Diego. Estás loca?

Luisa. Si Rosarios,
ò Missas has menester:-

Cam. Què Rosarios, ni què Missas?

Luisa, demonio, ò muger;
tienes juicio, ò dasnos como?

Luisa. Es Camacho?

Cam. No me vès?

y no ves à mi señor?

allega, apropinquate.

Luisa. Luego vives?

Diego. Luisa, sí.

Luisa. Ahora te abrazarè

si bien con harto pesar

del que despues te darè.

Cam. Y à mí no me parió madre?

Luisa. Tuya soy, y lo seré.

Diego. Parece que estás turbada?

Luisa. Apenas puedo bolver

en mí del susto.

Diego. Quién duda,

que se havrà dicho en Teruèl.

que era muerto?

Luisa. Si señor.

Diego. Pues si esso es assi, por qué

no vás bolando à avisar

de mi venida à Isabél,

para que el pesar desquite,

que ha tenido, y para que

cobre la vida en mis brazos?

Luisa. Pienso que no podrá ser,

que mi señora:-

Diego. Ea, dilo.

Luisa. No te quisiera ofender.

Diego. Mas me ofendes con callar;

habla, pues.

Cam. Animate.

Luisa. Que mi señora:-

Diego. Què tiemblas?

Cam. Ya yo estoy como un papel.

Luisa. Está:-

Diego. Què està?

Luisa. Desposada,

porque la hicieron creer,

que éras muerto, y aun su padre

se lo asseguró tambien.

Cam. Cuerpo de Christo contigo.

Diego. Y dime (apenas mover

puedo la lengua; ay de mí)

y con quien, Luisa, con quièn?

Luisa. Con Don Fernando.

Diego. Y ha mucho?

D 2

bien

bien temí , bien recelè.

Luisa. Havrá un hora.

Diego. Cielos , cómo
me dais muerte tan cruel?
Havrá un hora? con todo esso,
vè por Dios , Luisa mia , vè,
y dila , que estoy aqui.

Cam. Ya no será menester,
que ella sale.

Luisa. Assi es verdad:
mas porque puede el placer
matarla con el pesar,
si de repente te vé,
dexame llegar primero.

Diego. Aqui aguardo , llega , pues.

Sale Doña Isabél.

Isab. Mientras mi tirano esposo
(que ya por mi mal lo es)
cumple con los combidados,
por escusar que me dén,
quando muriendome estoy,
de mi mal el parabien,
vengo huyendo de mi misma.

Luisa. Dame albricias. *Llega.*

Isab. Yo de qué?

Luisa. De un gran gusto.

Isab. No es possible,
Luisa , ni le puede haver
en el mundo para mi;
pero en fin , dime , de qué?

Luisa. Don Diego vive.

Isab. Qué dices?

Luisa. Yo acabo de estar con él.

Isab. Con Don Diego?

Luisa. Con Don Diego.

Isab. A buen tiempo en buena fé:
Y ha mucho que vino?

Luisa. Aora.

Isab. Bien está: suerte cruel! *ap.*

Luisa. Cómo con tanta tibieza,
sin abrazarme , ni hacer
extremos , has escuchado

una nueva , que pensè,
que te matára por grande?

ap. Isab. Porque aunque gusto me dé,
placer , que ha de ser pesar,
mas es pesar , que placer:
Y sabe ya mi desdicha?

Luisa. El te puede responder.

Isab. Valgame Dios!

Dieg. Trance fuerte! *Llega.*
si señora , ya lo sè.

Isab. Don Diego?

Diego. Isabél?

Isab. Bien mio?

mio dixè? mentí , erré;
pero con mucha disculpa,
que como siempre te hablè
en la lengua de mi amor,
y es difícil de aprender
qualquiera lengua estrangera,
quando en la ocasion me hallé,
à la materna me fuí,
y la estrangera olvidè,
porque ésta me suena mal,
y aquella la entiendo bien.

Mucho quisiera decirte;
mas vete , que puede ser
que mi esposo :-
Cómo vienes?

Diego. Ya verás como vendré;
y tú?

Isab. Muerta:
mas ay Dios!
no me puedo detener:
solo te podrè decir,
(breve por fuerza serè)
que un Soldado dixo (Luisa,
mira desde esse cancel)
que eras muerto,
y lo que entonces suspiré,
gemí , llorè :-

pero ya no es tiempo de esso.

Diego. Pues de qué es tiempo?

Isab. De hacer

cuem;

cuenta , que es la vez postrera,
que has de verme , aquesta vez.

Yo te quise,
ya lo sabes;
tú te fuiste.

Diego. Ya lo sè.

Isab. Don Fernando porfió,
dió voces el interès,
huvo nuevas de tu muerte;
mal haya el aleve , amen,
que las trajo , pues me veo
en este estado por èl.

Corrió el tiempo,
llegó el plazo,
hice amante mi deber,
amenazóme mi padre,
es padre al fin , soy muger;
y al cabo :-

dirèlo ? si ;
al cabo me desposè,
à mi pesar , ya lo dixè;
y assi , dexa , dexame,
que me pierdo , si te miro,
y no me quiero perder.

Diego. Advierte :-

Isab. Ya no es possible.

Diego. Tampoco por tu desdèn,
es possible que yo passe.

Isab. No puedo otra cosa hacer.

Diego. Dì à tu padre que estoy vivo.

Isab. Ya de provecho no es.

Diego. Habla claro à Don Fernando.

Isab. Tieneme ya en su poder.

Diego. Prueba la fuerza.

Isab. No hay tiempo.

Diego. Vente conmigo.

Isab. No es ley.

Diego. Huye sola.

Isab. No sé donde.

Diego. Hablale al Juez.

Isab. No hay Juez.

Diego. Dì que eres mia,

Isab. Ya es tarde,

Diego. Matame.

Isab. Quierote bien.

Diego. Correspondeme.

Isab. Soy noble.

Diego. Pues algun medio ha de haver.

Isab. Quiero callar , y morir.

Diego. El morir escogeré;
pero ha de ser confessando
tu voluntad , y tu fé.

Isab. Mira que tengo marido.

Diego. Yo lo soy tuyo , Isabel,
y de tí no he de apartarme,
aunque mil muertes me den.

Isab. Y mi honor ?

Diego. Pierdase todo.

Isab. Y tu vida ?

Diego. Falteme.

Isab. Y mi esposo ?

Diego. No te goce.

Isab. Y mis deudos ?

Diego. Matenme.

Isab. En fin , mi ruego no basta ?

Diego. Esto ha de ser , Isabel.

Isab. Pues matarème yo propia. *vase.*

Diego. Pues matarème tambien. *vase.*

Luisa. Ay Camacho !
algun gran mal
ha de suceder aqui.

Cam. Consultenme ellos à mi,
y no sucederá tal:

mas demos una puntada
nosotros en nuestras penas,
supuesto que en las agenas
no podemos hacer nada,
por ser gente mas civil.

Luisa. El susto me ha detenido:
cómo , Camacho , te ha ido ?

Cam. Mil escudos traigo.

Luisa. Mil ?

Cam. Tanto ojo se le ha abierto,
al oír ya mis arengas,

Luisa. Mil años de vida tengas;
pero dime , si esso es cierto,

que

que sin duda será assi,
quántos de ellos me darás?

Cam. Todos: pero à ver no mas,
y esso una legua de aqui. *ap.*

Luisa. Dícenme, que con los Moros
fuiste un Cisne, digo un Cid.

Cam. Nadie me igualó en la lid.

Luisa. No habrá fiestas,
no habrá Toros,
como verte pelear.

Cam. En una tarde maté
mil enemigos, mas fue
viniendo de espulgar.

Y tú cómo lo has passado?

Luisa. Pensando que eras difunto,
una toca con un punto
siempre ha sido mi tocado.

Cam. Toda aquessa voluntad
creo yo de tu virtud:
assi tengas la salud, *ap.*
como dices la verdad.

Mas parece que oigo ruído.

Luisa. Ay Camacho! mi señor,

Cam. Para un buen renegador
viene el encuentro nacido.
Què he de hacer, Luisa?

Luisa. Quizá
no habrá reparado en ti.

Cam. Mas si ha reparado en mi,
quizá me despeñará.

Luisa. Què he de decirle à tu amo?

Cam. Di, que allá baxo le espero,
si no me agarran primero,
y me atienden al reclamo.

Luis. No harán; vete, que esta noche
todo se sufre, y se passa:

Cam. Dios me saque de esta casa
con bien.

Sale Don Fernando.

Fern. Prevenid el coche,
que ya el Marqués baxa.

Cam. Aqui

mi patarata se encaxa:

Quièn dice que el Marqués baxa?

Fern. Yo lo digo.

Cam. Será assi.

Fern. Sois su Criado?

Cam. Si à fé,

y à quien mucha merced hace.

Fern. Pues seguidle.

Cam. Que me place:

lindamente me escapè. *vase.*

Fern. Dónde tu señora está?

Luisa. Mortal estoy, ay de mi! *ap.*

Con la Madrina la vi,

que iba à recogerse ya;

pero si gustais que vaya,

y de tu parte: :-

Fern. No quiero,

que verla muy presto espero:

todo me turba, y desmaya. *ap.*

Isabél tan desabrida

se muestra, y tan mal hallada,

que aun antes de estar casada

se supone arrepentida.

Porque quando el sí me dió,

que yo mal formado oí,

con la boca dixo sí,

pero con el alma no:

que aunque el sí fue pronunciado,

y el no solo el elegido,

el sí no quedó entendido,

y el no quedó declarado.

Fuera de esto, quando estaba

en la mesa sin poder

sus congojas esconder,

mudamente sospechaba;

aunque no era por mi, no,

puesto que yo lo sentí,

porque para ser por mi,

estaba muy cerca yo;

y despues acá no ha sido

posible dexarse ver;

pues esto què puede ser?

pero ya está conocido:

que

que claro está, que el dolor
de su amante, y de su muerte
la tendrá de aquesta suerte,
no hay en esso duda, honor:
y assi, vivid sin recelo,
y proceded con recato,
que el tiempo, el amor, y el trato
brasa bolverán su yelo.

Vè, Luisa, y díle à mi esposa:-

Luisa. El alma en un hilo está. *ap.*

Fern. Que si licencia me dá,
irè à vèr su luz hermosa,
que aunque ya la puedo vèr
sin poderla tener miedo,
quiero lucir lo que puedo,
dexandolo de poder.

Luisa. Ya te obedezco.

Fern. No vás?

Dentro Isabél. Ay de mí!

Fern. Mas tèn, aguarda.
que aquella voz me acobarda.

Dentro D. Diego. Muerto soy.

Fern. A questo mas?

Isab. Huvo desdicha mayor!

Fern. Cielos, qué puede ser esto?
pero yo lo sabré presto.

Isab. Matadme, Cielos, aora.

Fern. A esta parte la voz suena;
pues què dudo, què no entro?

Correse una cortina quando vá à entrar, y sale al encuentro Doña Isabél, sin chapines, que estará junto à Don Diego, que ha de estar muerto sobre una almohada del estrado.

Isab. Quièn es?

Fern. Sucesso espantoso!
yo soy.

Isab. Quièn es yo?

Fern. Tu esposo.

Isab. Pues si te ofende el encuentro,
matame.

Fern. Primero trato!:-

Vá à sacar la daga.

Isab. Tèn, ya èl se dió la muerte
sin espada.

Fern. De què suerte?

Isab. De esta suerte: escucha un rato.
Decirte, que D. Diego fue mi amante,
no es importante aqui; voy
adelante.

Encarecer de entrambos los desvelos,
es dar zelos; escusote los zelos.

Referirte, que fue por un fracaso,
importa poco;

à lo que importa passo.

Jurar, que me dixeron q̄ era muerto,
claro se vió;

supongolo por cierto.

Pretenderme tú entonces mas osado,
nadie lo ignora;

doylo por contado. (dido,

Prefumir, que mi gusto te ha ofen-
engaño es suyo;

tenlo por sabido.

Y pensar, q̄ soy parte en tal successo;
ya se verá;

no me detengo en esso.

Y assi, sin reparar aquesta historia,
pues yo tengo dolor, y tú memoria,

las velas al parentesis recojo,
el caso cuento, y à morir me arrojo.

De tí me aparté apenas, quando,

quando à mi quarto passando,

encontré con Don Diego,

ambos quedando immobiles tan luego,
que quando à nuestro sér bolver

quisimos,

ò bolvimos ya tarde, ò no bolvimos.

Cobréme, en fin,

miréle atentamente,

passóse el accidente,

centelleó tocado

el fuego, aunque encubierto,

no apagado,

y à vista del honor, y el galantéo,
 lidiaron el recato, y el deseo;
 porque vivo Don Diego,
 yo casada,
 la ocasion apretada,
 el efecto impedido,
 dispierto el gusto,
 el pundonor dormido,
 ageno el cuerpo,
 y suya el alma mia,
 piensa tú lo que entonces pensaría.
 Temeridad parecerá culpable,
 que una muger le hable
 à su marido assi, dandole cuenta
 de si pudo pensar, ò no su afrenta.
 Y si esto es culpa, aquesta culpa
 me sirva de respuesta, y de disculpa;
 porq̄ quien por muger admite dama,
 que sabe que à otro ama,
 aunque honrada, no quiera
 passar por los agravios de acá fuera,
 à todas horas,
 y à qualquier encuentro (tro.
 ha de sufrir por fuerza los de aden-
 Contèle por mayor mi pesar junto,
 escuchóle difunto,
 y al querer despedirme,
 loco, ciego, perdido, amante, firme,
 se fue trás mi,
 diciendo afectuoso,
 que yo su esposa era,
 y él mi esposo.
 Yo entonces,
 porque tú no lo sintieras,
 y la muerte le dieras,
 hallandole conmigo,
 que le aborrezco desdeñosa digo;
 para Don Diego tófigo tan fuerte,
 que le pudo matar;
 el cómo advierte:
 Quando padece el corazon, es cierto,
 que à socorrerlo vienen de concierto
 los vitales espiritus, cuidando

de suplir el calor, que vá faltando:
 esto supuesto por verdad constante,
 à la pena bolvamos de mi amante.
 Oyó su corazon aquel desprecio,
 y fue el golpe tan recio,
 que à remediar sus males
 tanto tropél de espiritus vitales
 cargó sobre él, q̄ sin poder moverse;
 de socorrido vino à resolverse;
 porque como eran muchos, y querian
 todos entrar à hacer lo que debian,
 y los que dentro entraron no cupierõ,
 de suerte le apretaron, y oprimieron,
 q̄ sin poderlo remediar le ahogaron,
 y por dexarle vivo, le mataron.
 En fin (ay triste!)
 alborotado el pecho,
 el corazon deshecho,
 quebrantada la vida,
 torpe la lengua,
 la color perdida,
 el pulso intercadente,
 el cuerpo frio,
 en pie el cabello,
 turbulento el brio,
 llamó por señas à la muerte,
 y luego aquel de tierra, y fuego
 edificio viviente,
 desplomado crugió subitamente,
 y desnudado ya de su aparato
 en si cae, ò no cae estuvo un rato.
 Lleguéme à él,
 à tiempo que ya havia
 comenzado à espirar
 (ay alma mia!)
 mas como oyó mi voz,
 y al alma en ella,
 el alma suya se paró à cogella;
 y assi, al querer dexar la vida en cal-
 el alma le detuve con el alma. (ma,
 Pero como temiendo los enojos,
 à la puerta tal vez bolvia sus ojos,
 y él, aunque se alentaba

en

en mi presencia,
deseaba morir por diligencia,
una vez que tardé,
rompió el candado,
y acabó de morir lo comenzado.
Murió Don Diego;
mas la lengua miente,
que yo, yo solamente
lo maté por matarme,
viviendo para mas atormentarme,
pues muero como él,
de angustias llena,
si no con tanta prisa,
con mas pena;
porque tan muerta estoy,
que si la muerte
deshace el nudo fuerte
del matrimonio santo,
yo he muerto ya para la vida tanto,
que puedes sin escrupulo casarte,
como hombre que ha enviudado en
otra parte.

Aquesta es la verdad de todo el caso,
este el dolor que passo,
este el afán que siento,
aqueste el torcedor,
este el tormento,
que en el día infelice de mis bodas
me está rompiendo las entrañas todas.
Si imagina tu amor,
si tu honor piensa,
que aun atomo de ofensa
en mi recato cupo,
sepa vengarse quien pensarlo supo;
el pecho me atraviesa con tu espada,
en duda de inocente, ò de culpada.
Matame digo,
que aunque el Sol luciente
no es, no, tan transparente
como el decoro mio,
te estimaré qualquiera desvarío;
porq̄ si yo he de hacerlo constante,
muerto me lo tendré para adelante,

Fern. Los ojos lo están mirando,
y apenas el alma puede
resolverse à que es verdad,
dudosa, è indifferente.

Isab. Qué dices?

Fern. Digo, Isabél,
que en el suceso presente,
ni tu congoja me admira,
ni mi sospecha me ofende;
porque hallarte con un muerto,
y muerto de aquesta suerte,
mas es virtud, que delito,
porque debe suponerse,
que Don Diego no muriera,
si no fueras tú quien eres;
porque sabiendo quien soy,
bien facil dexa entenderse,
que harè siempre lo que debo,
en no haciendo lo que debes.
Y assi, supuesto que es fuerza,
que te pese, ò no te pese,
ser tu esposo, y que tu honor,
y aun mas que à tí, me compete,
para que no corra riesgo,
que es lo que puede temerse
en tal caso, mi persona,
y tu opinion, me parece::-
mas aguarda, que ya vuelvo. *vase.*

Isab. Haz, señor, lo que quisieres.
Valgame Dios! es verdad
aquesto que me sucede?
que hay desdichas,
que aun las duda
el mismo que las padece.
Don Diego muerto,
y yo viva?
él amante, y yo prudente?
èl difunto, y yo sensible?
èl rendido, y yo rebelde?
él sin alma, y yo con forma?
y èl cadaver, finalmente,
y yo respiro cobarde?
O pese à la lengua aleve,

E

que

que tal dice! y pese à mi,
 que permito que lo cuente,
 sin que à fuerza del dolor
 se me parta, ò se me quiebre
 el corazon por en medio,
 tierna, y dolorosamente?
 Corrida estoy, vive Dios,
 corrida estoy de que fuesse
 la pesadumbre en Don Diego
 à matarle suficiente,
 y en mi su muerte, que es mas,
 no baste à darme la muerte!
 Sin duda no he reparado
 en ello, porque no puede
 haver otra causa, para
 no morir de repente.
 Pues buen remedio, ansias mias,
 mirèmos atentamente
 este espectáculo triste,
 será vuestro fin mas breve;
 porque para quien le adora,
 qué mas cuchillo que verle?
 Ea, penas, acabemos,
 que serán injustas leyes,
 que no muera de una vez
 quien esto mira dos veces.
 Ansias, llegad todas juntas,
 dolores, venid crueles,
 congojas, creced las iras,
 ojos, aumentad las fuentes,
 amor, doblad las angustias,
 vida, sentid los desdenes,
 cuerpo, deshaced los nudos,
 alma, apretad los cordeles,
 porque confiese la vida
 lo que sabe, y lo que siente.
 Y vos, dueño idolatrado,
 dos veces muerto, y ausente,
 que en mis brazos,
 y à mis ojos espirasteis;
 mas no pueden
 ya las palabras formarse,
 ni las razones tegerse,

porque en la garganta el nudo,
 ò las ata, ò las detiene.
 Albricias, Amor, que ya
 muero, si el dolor no miente;
 ya la lastima me ahoga,
 ya la lengua se entorpece,
 ya el corazon se desmaya,
 ya el aliento se suspende,
 ya el pulso late sin orden,
 ya los parasismos crecen,
 y ya el alma fatigada
 casi se assoma à los dientes.
 Y assi, antes que la vida,
 como te dexó, me dexes,
 para cumplir con tu amor,
 y con tu fé juntamente;
 toma, toma, esposo mio,
 (pues para con Dios lo eres)
 esta mano, para que
 quien se llamó tuya siempre,
 ya que no pudo en la vida,
 lo pueda ser en la muerte.

*Dale la mano à Don Diego, y cae
 muerta, y salen Don Pedro, Don
 Fernando, Doña Elena, Cama-
 cho, Luisa, y Criados.*

Fern. Esto passa.

Pedro. Caso raro!

Cam. Gran dolor!

Elena. Cielos, valedme,
 porque à sufrir tanto golpe
 no basto yo solamente.

Fern. Llegad todos, porque todos,
 como testigos fieles,
 podeis deponer del caso
 quando ocasion se ofreciere:
 Mas qué es lo que ven mis ojos?

Pedro. Mayor mal el alma teme.

Fern. Matarèla, vive el Cielo:
 señora.

Elena. Prima.

Fern.

Fern. Detente,
porque pienso que está muerta.

Cam. Verdad es,
sin que lo pienses.

Fern. Cómo?

Cam. Como no responde,
ni de una parte se mueve.

Fern. También la mató la pena.

Pedro. Quién habrá que se consuele?

Fern. Notable afecto de amor!

Elena. El dolor todo lo puede.

Cam. Señores,

una palabra

por caridad solamente.

Esta es verdad infalible,

que aun en Teruèl permanece

el sepulcro de estos dos

Amantes, muertos en cierne.

Y supuesto, que en un día
tan triste, no es conveniente,

que nadie quiera casarse,

y que les plazca,

ò les pese,

solteros se han de quedar;

solo en el caso presente

resta, que nos perdoneis

las faltas, como corteses,

que de parte de Montano

os lo pido humildemente;

con que tendrá la Comedia

dichoso fin, si tuviere

meritos para agradaros,

quien à serviros se ofrece.

F I N.

Con Licencia: En Valencia, En la Imprenta de la Viuda
de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto
al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde
se hallará esta, y otras de diferentes

Titulos. Año 1765.